

Meteorología y protección divina en el siglo XVI. El caso de *Fisonomía natural y varios secretos de naturaleza*, de Jerónimo Cortés

Meteorology and Divine Protection in the 16th Century. The Case of *Fisonomía natural y varios secretos de naturaleza*, by Jerónimo Cortés

Alberto Ortiz

<https://orcid.org/0000-0001-6495-221X>

Universidad Autónoma de Zacatecas

MÉXICO

alberto.ortiz@uaz.edu.mx

[Hipogrifo, (issn: 2328-1308), 13.1, 2025, pp. 27-42]

Recibido: 13-01-2025 / Aceptado: 04-04-2025

DOI: <http://dx.doi.org/10.13035/H.2025.13.01.04>

Resumen. Hacia los siglos XVI y XVII la popularidad de los libros de secretos aumentó considerablemente en Europa. Los más famosos se tradujeron y reimprimieron varias veces. En cada uno, las explicaciones acerca de los fenómenos naturales, como las tormentas y los rayos, constituyen un tema común. Los autores trataron de conciliar el incipiente conocimiento científico de la naturaleza con las bases teológicas del cristianismo; tanto por estrategia frente a la censura como por convicción religiosa y social. El matemático valenciano Jerónimo Cortés fue un profesor de secretos cuyo libro muestra las inquietudes didácticas de su tiempo. Este trabajo escudriña en las estrategias del autor para publicar informaciones autorizadas acerca de los fenómenos meteorológicos, en especial, de los relámpagos. Asimismo, destaca el giro del empirismo científico hacia las virtudes milagrosas del *Agnus Dei*, cuya virtud principal consistía, supuestamente, en proteger al creyente de las inclemencias del clima.

Palabras clave. Secretos; meteorología; rayos; protección; Jerónimo Cortés.

Abstract. By the 16th and 17th centuries, the popularity of books of secrets increased considerably in Europe. The most famous ones were translated and reprinted several times. In each, explanations of natural phenomena, such as storms and lightning, are a common theme. The authors tried to reconcile the incipient scientific knowledge of nature with the theological foundations of Christianity; both as a strategy against censorship and as a religious and social conviction. The Valencian mathematician Jerónimo Cortés was a professor of secrets whose book shows the didactic concerns of his time. This paper examines the author's strategies for publishing authoritative information about meteorological phenomena, especially lightning. It also highlights the turn of scientific empiricism towards the miraculous virtues of the *Agnus Dei*, whose main virtue was supposedly to protect the believer from the inclemency of the weather.

Keywords. Secrets; Meteorology; Lightning; Protection; Jerónimo Cortés.

Grande ha sido la admiración que algunas veces he tenido (prudente y sabio lector) considerando cuan pocos son los que en este nuestro tiempo profesan el estudio de las buenas y virtuosas artes liberales. Habiendo sido estas en los tiempos pasados tan estimadas y ensalzadas en tan alto y supremo grado, que a sólo los nobles pertenecía, cuasi por particular don y privilegio, aprenderlas; considerando bien la gran comodidad que estas les podían traer, porque verdaderamente, ningún fruto más abundoso, ni más apacibles ni dulces bienes a los hombres pueden emanar, que del estudio continuo de las artes que son buenas; pues de ellas recibe salud el ánima, y autoridad el cuerpo, demás de ser honestidad de la vida y adornamiento muy hermoso de la fama.

(Jerónimo de Chávez, «Al prudente y sabio lector», *Cronografía o repositorio de los tiempos*, fol. 3v)

ALGUNOS LIBROS ANTECEDENTES Y CONTEMPORÁNEOS DE LA FISONOMÍA NATURAL...

Los libros de secretos, que tuvieron franco éxito editorial entre los siglos XVI y XVII, bien pueden considerarse una línea de trabajo especial de los géneros difusores del conocimiento. Al igual que otras manifestaciones textuales de la época, estos curiosos ejemplares recopiladores del saber, a caballo entre la explicación teórica y la utilidad social, cuentan con prestigiados antecedentes, hasta llegar a su consolidación entre los lectores interesados, pocos, pero atentos, de acuerdo a los índices de alfabetismo de entonces¹.

1. La selección de textos en este trabajo sólo constituye una pequeña muestra del subgénero. Además de los libros comentados más adelante pueden nombrarse las siguientes obras relevantes: Timoteo Rosell, *La seconda parte de secreti universali in ogni materia*, 1565; Levino Lemnio, *De miraculis occul-*

Dadas las fuentes en las que abrevaron, varios de los autores de estos libros difusores reconocieron una deuda con los dictámenes aristotélicos, especialmente respecto a sus opiniones dedicadas a la exposición de las causas y los efectos de los fenómenos naturales; pues está claro que los preceptos de Aristóteles alrededor de varias materias, entre ellos, su percepción acerca de la Física, prevaleció durante la Edad Media y más allá, incluso a contracorriente de su origen pagano, lo que lo hacía parcialmente despreciable para algunos de los teólogos y prelados cristianos.

Sin embargo, el estagirita no fue el único autor clásico que influyó en la ciencia, la retórica y la poesía hasta avanzado el Renacimiento. Por ejemplo, Lucrecio dedica el libro VI, es decir, el último de su obra *De la naturaleza de las cosas* (*Titi Lucretii Cari De rerum natura libri sex*), para versificar el funcionamiento del trueno, el rayo, las nubes, las trombas, la lluvia, el arcoiris, los temblores y otros detalles hidrológicos, como el funcionamiento de las aguas marinas y lacustres². El autor clásico afirma que pretende difuminar la ignorancia al respecto, pues desconocer el funcionamiento del mundo genera miedo y fanatismo ante los dioses, advierte el error de los ignorantes cuando les atribuyen el control del clima para castigar a los hombres, lo dice específicamente mediante los siguientes versos de cuño aleccionador:

Aunque sabiduría por mis labios
te ha explicado verdades infinitas
para alejar de ti tan dura suerte;
otras muchas me faltan todavía,
y tengo yo además que engalanarlas
con lindos versos; tengo que explicarte
los diversos fenómenos del cielo:
cantaremos también las tempestades,
y las causas y efecto de los rayos,
porque, supersticioso, neciamente
en regiones diversas no repartas
el cielo para ver, todo temblando,
de qué parte salió el alado fuego,
o hacia dónde tiró precipitado,
y cómo por las tapias se introduce,
y cómo sale de ellas victorioso:
pues todos son efectos naturales,

tis naturae libri IIII, item De vita cum animi et corporis incolumitate recte instituenda liber unus, 1574; y Jacob Wecker, *De secretis libri XVII*, 1582. En cuanto a estudios recientes de este subgénero textual, destaca el libro coordinado por Folke Gernert, *Adivinos, médicos y profesores de secretos en la España áurea*, cuyo objeto de estudio es: «[...] por una parte, la materialidad de estos textos y las distintas formas de divulgación de los conocimientos científicos acerca del cuerpo humano y la naturaleza. [...] por otra parte, [ver] en qué medida se problematizan y/o censuran estos saberes y mediante qué mecanismos de restricción y exclusión» (Gernert, 2017, Prólogo, p. 1).

2. Siendo una obra versificada, Agustín García Calvo, uno de sus críticos y editores, considera que el libro VI es uno de los menos afortunados en cuanto al estilo literario y composición poética.

que atribuyen los hombres a los dioses
porque no pueden penetrar las causas³.

La instalación paulatina de nuevos parámetros de pensamiento —cuando los antecedentes teóricos de la llamada gentilidad grecolatina no convenían o, debido a su naturaleza epistemológica y teleológica, no aceptaban adaptaciones, sincretismos o relecturas acordes a los intereses del cristianismo— redidigieron hacia otros rumbos las explicaciones de las ciencias, sujetándolas al teocentrismo característico de la Edad Media, de tal modo que la Patrología y la Escolástica rebuscaron una hermenéutica neotestamentaria para instalarla a manera de una nueva tradición sustentadora de la doctrina, cuyo centro era, por supuesto, la autoridad bíblica y los dictámenes conciliares. Con todo, nos equivocamos si creemos que esta etapa no propuso explicaciones del mundo físico al límite de su apego teológico. Por ejemplo, alrededor del siglo XIII vivió, pensó y escribió, Alberto Magno, santo patrono de los estudiantes de ciencias, a quien se puede considerar antecedente medieval para el estudio y explicación de la naturaleza. Este padre de la Iglesia estuvo interesado en escudriñar diversos aspectos de las leyes naturales. A través del tiempo ha conservado prestigio de sabio y filósofo, a tal grado que se le adjudican diversas obras, desde grimorios, es decir, libros de magia, hasta tratados de alquimia. En sentido estricto es un seguidor de Aristóteles, un filósofo, más que un teólogo.

Hacia el siglo XVI, en 1555, como antecedente directo de la obra referida en el título de este trabajo, sale de las prensas venecianas el libro de Girolamo Ruscelli, *Secreti del reverendo donno Alessio Piemontese*. Esta obra es considerada la iniciadora de los libros acerca de secretos de la naturaleza. Alessio Piemontese es un *alter ego* del autor, es decir, Girolamo Ruscelli inventó el nombre propio para dotar de revelación, misterio, y cierto tono de autoridad a su propia redacción de recetas y conocimientos, que van desde consejos para aliviar el dolor de ciática hasta la elaboración de jabones⁴. Su éxito entre el público lector de los siglos XVI y XVII, se constata a través de las sucesivas reediciones y traducciones a otros idiomas, entre ellas al castellano⁵.

3. Lucrecio, *De la naturaleza de las cosas*, pp. 360-361.

4. Destaca el especial uso de grabados propios del género emblemático para adornar y referir al mismo tiempo, las portadas de las ediciones. En el caso del libro de secretos de Ruscelli, iniciador del subgénero, los impresores, herederos de Bartolomeo Cesano, pusieron la imagen de un dedo índice que descende de las nubes y se aplica sobre el hocico de una serpiente envuelta en llamas que intenta morderlo. El emblema se complementa con el mote vertical *Si come qui al serpente / cosi a ciascun nocente*: «Como aquí a la serpiente, así a cualquiera dañino». La idea central es que el dedo de Dios aplasta cualquier intento de maldad o daño. Esta imagen constituyó una marca tipográfica, pues se repitió en varias de las obras salidas de las mismas prensas, por ejemplo, *La Retórica*, 1559, del florentino Bartolomeo Cavalcanti, y una carta pastoral del Cardenal Paleotti, 1576, a propósito de los peligros de la peste.

5. Se conoce y consultó la reimpresión madrileña de 1624. Mar Rey Bueno (2005) contabiliza las primeras tres traducciones de distintas fuentes (francesa, italiana y latina) al castellano en 1563: Barcelona, Zaragoza y Alcalá, respectivamente. A partir de ese año, hubo reimpresiones constantes.

Otra obra previa a la comentada aquí, diferente y peculiar por varias razones, es *I secreti della signora Isabella Cortese*, impresa en Venecia, 1561. Se trata de una obra especial debido a la casi inusitada autoría, pues se le atribuye a una profesora de secretos, a una mujer veneciana, viajera y erudita, tal vez de alcurnia y rica, de la cual, desafortunadamente hay escasos datos biográficos. Lo que se conoce de la autora se ha extraído del propio libro y de algunos datos sueltos y ciertas especulaciones. *Los secretos de la señora Isabela Cortese* revela que doña Isabela perteneció a la corte, que viajó a Europa Oriental, que aprendió y redactó consejos útiles, propios de la intención didáctica: recetas contra enfermedades, principios de química, procedimientos cosméticos y alquimia. Fuera del éxito editorial que logró el texto, mediante sus constantes reimpressiones y las incógnitas alrededor de su probable autora, no se sabe más, pues no hay más libros similares o de otro tema, que lleven su nombre.

Además, este tipo de escritura utilitaria, divulgativa y didáctica, que intentaba encontrar un punto de equilibrio entre el conocimiento práctico, la ciencia, la explicación de los fenómenos naturales y la doctrina oficial, o lo que es lo mismo, una mediación convincente entre la tensión del creciente racionalismo empírico y la fe, está emparentado con otros textos, especialmente muestra fronteras y contactos comunes con los manuales de la divulgación médica, útiles para cualquier lector curioso, pues, al igual que los libros de secretos, estos también solían incluir recetas, experimentos, virtudes de sustancias y remedios prácticos⁶.

Con mayor o menor tratamiento teórico o práctico, los libros de secretos funcionaron a manera de obras divulgativas que trataban de unificar un saber considerado cierto por la mayoría, además de estar en consonancia con los dictámenes teológicos, pues toda acontecimiento natural era atribuido a la voluntad de Dios. Con esta labor didáctica el nombre de los autores adquirió fama, a mitad del siglo XVII, Hernando Castrillo, en el capítulo XXXVI de su *Historia y magia natural*, se pregunta si, por medio del conocimiento, estos profesores de la magia natural, o de secretos, tienden a acercarse o, 'subir' hacia Dios; concluyendo que los hombres, la naturaleza y todo lo creado procura acercarse a Dios, porque es la sabiduría y la perfección: «Así el mundo que consta de las criaturas que se han dicho es un panegírico de Dios con infinitos laberintos de sus excelencias, publicando sus grandezas, desde los grados genéricos hasta las diferencias últimas, desde las substancias hasta los accidentes, formando de todo ello un divino himno»⁷.

Por otro lado, la escritura de libros de secretos presentó riesgos ante la censura oficial, en especial cuando sus explicaciones fueron calificadas de blasfemas; es decir, aunque poco conocidas y raramente impresas, debido a la prohibiciones de los permisos protocolarios, también hubo una línea heterodoxa en este campo. Los profesores de secretos debían tener cuidado con lo que pretendían publicar, pues,

6. En este caso podemos clasificar el libro hispánico de Jerónimo Soriano, *Libros de experimentos médicos, fáciles y verdaderos, recopilados de gravísimos autores*, publicado en 1598. No es raro que algunos libros coincidan en sus capítulos y se ubiquen en la frontera entre el recetario médico común y los libros de secretos.

7. Castrillo, *Historia y magia natural*, p. 85.

uno de los problemas para el autor era revelar asuntos que podrían hacer dudar a los lectores de otros enfoques, dictámenes o remedios tradicionales o cercanos a la dogmática, en especial al concepto de milagro eclesiástico⁸.

Al respecto, un caso tremendo y paradigmático de dicho riesgo fue el que aconteció alrededor del médico italiano Giulio Cesare Vanini. En 1616, el médico publicó en latín su diálogo entre Alejandro y Julio César, en el que este va explicando ciertos misterios y creencias comunes, de acuerdo a un enfoque racionalista que abre precisamente afirmando que va a atenerse a las verdades de la naturaleza: *De admirandis naturae reginae deaeque mortalium arcanis libri quatuor*. Especialmente debido a esta obra, más cargos anteriores por herejía, el Parlamento de Toulouse lo condenó a muerte por 'ateo y blasfemo', en febrero de 1619. En primera instancia trató de huir de la censura y del proceso que se abrió en su contra, ejerció la medicina dos años más, hasta que fue apresado, enjuiciado y sometido a la pena capital. Su muerte fue pública, ejemplar y cruenta. Le cortaron la lengua, lo ahorcaron, lo quemaron y sus cenizas fueron esparcidas al viento⁹.

EL CASO DE LA FISONOMÍA NATURAL...

Impreso por primera vez en Valencia, *Fisonomía natural y varios secretos de naturaleza* del matemático valenciano Jerónimo Cortés, es uno de los libros de secretos que mayor acogida tuvo entre los lectores del imperio español. A pocos años de su edición original, acontecida en 1598, sumó varias reimpressiones en Barcelona, Madrid, Tarragona, Alcalá de Henares y otras ciudades, incluso se tradujo al portugués.

Como es de esperarse en tratados de este tipo, el autor organizó el contenido mediante lo que ahora nos parecería una curiosa miscelánea de saberes líricos, dictámenes, recetas, virtudes y propiedades, experiencias y consejos alrededor de eventos físicos, elementos de la naturaleza, enfermedades y creencias comunes.

En este subgénero de difusión del conocimiento el abanico de información era amplio: alquimia, física experimental, meteorología, fisonomía, medicina, herbolaria, lapidaria, mineralogía, gemología, astrología, y toda aquella materia de interés social que, a juicio de los eruditos ortodoxos de la época, o sea, los censores de

8. No fue sino hasta el siglo XVIII, y bajo la protección del monarca, que un representante de la lucha contra las supersticiones, la ignorancia y los falsos milagros, el beneditino maestro Benito Jerónimo Feijoo, desde dentro del sistema católico, se atrevió a someter a un análisis racional un famoso "prodigio", el llamado «Milagro de las flores de san Luis» que supuestamente operaba cada año en una capilla de Asturias. Sus explicaciones fueron rebatidas en encendidas disputas, pero él salió triunfante debido a su fama y prestigio.

9. En este sentido, parece claro que Julio Cesare Vanini necesita ser reivindicado por la cultura, la ciencia y el gobierno actuales, pues fue un hombre racional que escribió contra el fanatismo de su tiempo, que enfrentó y pagó con su vida difundir ideas alternativas ante la intransigencia y dureza del poder de entonces.

libros, aumentara el bagaje de la sabiduría autorizada, no contuviera proposiciones contrarias a la fe oficial, y, al mismo tiempo, ayudara a resolver problemas prácticos de la vida cotidiana, se incluían en menor o mayor medida.

Por lo tanto, la obra de Jerónimo Cortés, previa censura y algo de expurgación eclesiástica, está compuesta por breves tratados y capítulos que van desde la descripción fisonómica tradicional de los estereotipos físicos, hasta las recetas para la cura de las llagas con vino y aceite, pasando por las explicaciones sobre los fenómenos meteorológicos y los recursos para paliar sus efectos, tema central del tratado quinto y de esta exposición. El presente trabajo, en ese sentido, tiene como objetivo interpretar el curioso binomio compuesto por los conocimientos del siglo XVI acerca del clima y los símbolos protectores cristianos, según el enfoque específico del libro de secretos de la naturaleza en cuestión.

Fiel a su herencia aristotélica, Cortés divide al mundo en los elementos básicos de la naturaleza, a eso llama región elemental compuesta por: fuego aire, agua y tierra. Cada uno de los cuatro elementos corresponde, respectivamente a cuatro cuerpos o calidades intrínsecas, en equilibrio según el autor hispano, sobre una balanza de interacción permanente que implica tanto pugna y orden entre ellos: calor frío, humedad y sequedad. Especialmente considera a la tierra como el centro de todo el universo en funciones:

La tierra naturalmente es fría y seca, y, como la experiencia lo demuestra, es grave y muy pesada, por cuya causa tiene su aliento natural en medio del universo, como lugar igualmente distante del cielo por todas partes. [...] que el cielo rodea la tierra no se puede negar, pues el Sol, Luna y estrellas nos lo dicen y manifiestan cada día dando vueltas alderredor della [...]¹⁰.

Si bien reafirma que la tierra es redonda, que no plana, utiliza todavía los criterios del geocentrismo, o sea, sostiene que la tierra está ubicada al centro del universo; por ende, el cielo, la luna, las estrellas, el sol, la rodean y giran alrededor de ella. No deja de ser paradójico que en un libro revelador de secretos se mantenga esta teoría tradicional, a contracorriente de las ideas copernicanas o heliocentristas, que ya circulaban y se discutían al filo del final del siglo XVI e inicio del XVII.

De entre los componentes de la región elemental y sus cualidades, Cortés destaca la fuerza del agua, considera que es el elemento más poderoso, móvil y omni-barante, pues abraza a la tierra, se apodera de ella, y tiene la facultad de elevarse, convertirse en nubes y neblinas en el aire, viajar y causar rocíos, tormentas, lluvias, granizadas y nevadas: «El agua es elemento muy eficaz y más poderoso que los demás elementos, pues se abraza con la tierra apoderándose della, y se sube con la virtud del Sol, por los altos aires, causándose muchas nubes y lluvias, rocíos y nieves, granizo y nieblas»¹¹. Así, en numerosos casos, daña a los seres humanos

10. Cortés, *Fisonomía natural y varios secretos de naturaleza*, p. 94.

11. Cortés, *Fisonomía natural y varios secretos de naturaleza*, p. 101.

con sus fuertes vientos, atroces tormentas y atemorizantes relámpagos: «Suelen causar estos vientos largas nubes, muchos relámpagos y muchas lluvias»¹².

El autor se esmera en explicar las tormentas, incluso aquellas inusitadas, habla de las lluvias de ranas, por ejemplo¹³. Un fenómeno peculiar y no exento de polémica que todavía, hoy en día, suele aparecer entre las noticias curiosas y los libros de divulgación de la ciencia y el clima:

El llover ranas parecerá cosa de risa y fábula, como a cosa imposible, y no lo es; porque no sólo la Filosofía lo enseña, pero también la experiencia lo demuestra, pues hay muchas personas que las han visto caer. Y yo en mis primeros años las he visto caer muchísimas en el mercado y plaza de la Seo de Gandía, que no poco se espantaron casi todos los de aquella villa¹⁴.

Al respecto, lo especial en la obra de Cortés es que establece que la fecundación de las ranas se realiza en el aire, entre las nubes, luego, ya crecidas, su peso las hace caer a la tierra.

Para esta disertación, específicamente interesa cómo los libros de secretos, tomando de base el de Jerónimo Cortés, explicitaron el funcionamiento de la meteorología —en algunos de sus fenómenos más dramáticos y también más preocupantes para la sociedad antigua— al describir los efectos nocivos de las tormentas y los rayos. Además de los remedios o paliativos que propusieron o develaron, a manera de protecciones 'infalibles', a fin de ilustrar a sus crédulos, los más, o escépticos, los menos, lectores:

Los truenos, rayos y relámpagos se causan y engendran de las exhalaciones que el Sol y estrellas levantan de la tierra. [...] y de esta suerte se vienen a encender, rompiendo al mismo instante por la parte que hallan más flaca en la nube. Deste rompimiento con tanta fuerza y violencia nace el trueno, como sucede metiendo un yerro muy encendido en el agua muy fría, que da un grande estallido¹⁵.

Parece claro que el valenciano sigue las explicaciones de Plinio, pero también que no las repite gratuitamente, sino que las actualiza, las enriquece y reinterpreta para su tiempo. El autor clásico había indicado respecto a la formación y actividad de los truenos y relámpagos: «Pero cuando llegan a la nube engendran un vapor disonante, así como un hierro encendido y ardiente metido con presteza en el agua,

12. Cortés, *Fisonomía natural y varios secretos de naturaleza*, p. 104.

13. No deja de ser un dato curioso para cualquier época. Se sabe que este fenómeno puede ocurrir, no solo la lluvia de ranas, sino de peces, u otras cosas inusuales. Cortés acepta su cariz fabuloso y hasta cómico, pero el célebre demonólogo Nicolás Rémy manifestó una opinión diferente: «También sospecho que, cuando llueven ranas en una tormenta con truenos, es por el arte del Demonio que primero las han elevado al aire; porque no parece posible que puedan generarse en tan poco tiempo como las nubes permanecen en el cielo, ni que puedan ser atraídas por el sol como los vapores y exhalaciones de la tierra» (*Demonolatría*, p. 119).

14. Cortés, *Fisonomía natural y varios secretos de naturaleza*, p. 106.

15. Cortés, *Fisonomía natural y varios secretos de naturaleza*, p. 107.

y ceñir alrededor una humosa rueda»¹⁶. Es notoriamente herencia clásica que, al tratar de aclarar el funcionamiento del rayo y el trueno, Cortés realice una semejanza entre el macro evento celeste del clima y la experiencia del oficio de la herrería, una etapa de ella, al instante en que el hierro a forjar en la fragua se introduce al rojo vivo dentro de un depósito de agua ocasiona una explosión, el contacto entre ambos elementos produce un chirrido sonoro. Así mismo acontece con el rayo y el trueno, afirma, pues al encontrarse y chocar con fuerza el calor con la humedad en los altos del cielo, se produce el rayo, que se cuela por las partes más delgadas de las nubes, pega en la tierra y tal descarga puede ocasionar estropicios, daños y temores a las personas. El miedo a los rayos le interesa particularmente, pues sabe que sus lectores lo comparten.

Ante tal amenaza de la naturaleza, es normal que el hombre se sienta desprotegido, y busque soluciones en su repertorio lírico, ritual, religioso y cultural, tanto como en su raciocinio, experiencia y sabiduría. Para el efecto protector, de inicio, Jerónimo Cortés cita a Plinio¹⁷: «El relámpago, dice Plinio que jamás se ha visto entrar cinco pies debajo tierra, por lo cual aconseja que en semejantes ocasiones, para estar seguros de los relámpagos, es bueno meterse en los soterranios o traer laurel consigo¹⁸, o piel de lobo marino»¹⁹.

Este es justo el enlace discursivo para que Cortés pase de la descripción empírica de los avatares que ocasionan las trombas, las tormentas y los relámpagos, a los consejos ortodoxos de utilidad social. Es decir, es el punto de inflexión o transición entre un profesor de secretos y un difusor doctrinal, aquí el discurso va del prodigio clásico al milagro católico, de las ideas supersticiosas 'paganas' a las creencias 'providenciales' cristianas, que es otra manera de expresar el pensamiento mágico; en ambos casos, se trata de una voz que representa el imaginario colectivo recurriendo a una fórmula preternatural, —un objeto, un símbolo, un talismán, una oración— para proteger su vida y sus bienes de las inclemencias del clima, solo que, sobre la voz de Plinio, como la de Aristóteles y Lucrecio ha sido sobrepuesta la voz oficial del poder eclesiástico, que prima la autoridad de la *Biblia* y de sus dogmas frente a toda sabiduría, cultura y religión diferente: «y aunque esto sea así²⁰, yo aconsejaría a todos que trujesen consigo el Agnus Dei, que tiene virtud

16. *Historia natural de Cayo Plinio Segundo*, libro II, p. 84.

17. Como es sabido, la *Historia natural* de Cayo Plinio Segundo, es uno de los antecedentes clásicos del pensamiento renacentista respecto al comportamiento de las leyes físicas.

18. No todos los propagadores de secretos convenían, al menos parcialmente, con las creencias antiguas, Manuel Ramírez de Carrión, en su especie de diccionario de verdades diversas, dispuestas casi como axiomas, contradice totalmente la idea clásica citada recogida por Plinio: «Rayo no perdona al laurel ni a la higuera como algunos han pensado. Vico Mercado dice que pocos años antes que él escribiese un rayo había hecho rajas un laurel. Y Laguna cuenta de otro que partió por medio un laurel que estaba en Roma en el jardín del duque de Castro. Y en un lugar del Andalucía (pocos años ha) hizo otro rayo pedazos una higuera» (*Maravillas de naturaleza, en que se contienen dos mil secretos de cosas naturales*, fol. 116v). Sin embargo, sí exime de daño de rayo a los que estén durmiendo, al águila y al cuervo. Ver fol. 117r. Y repite, basado en Plinio, que el rayo no penetra la tierra más allá de cinco pies. Ver fol. 117r.

19. Cortés, *Fisonomía natural y varios secretos de naturaleza*, p. 108.

20. El énfasis es mío.

no solamente contra relámpagos, pero contra todo género de tempestades y contra otros muchos peligros visibles e invisibles, por ser bendecidos del Sumo Pontífice, que tiene poder para eso y mucho más»²¹. De acuerdo a la cita, parece claro que Cortés le concede cierto grado de razón al consejo del autor clásico porque le sirve de pie para transmitir la propuesta católica, que puede ser, al mismo tiempo, su convicción y el dictamen oficial a obedecer.

Tras el paso de un discurso a otro, ya no es el laurel ni la piel del mamífero marino lo que proporciona la protección entre las tormentas, las nevadas, los huracanes y los relámpagos, sino la imagen del *Agnus Dei* bendecida por el Papa en turno. Simultáneamente, Jerónimo Cortés transita de un discurso empírico que explica los cambios climáticos mediante la experiencia y la lógica, a un discurso mágico doctrinal, milagroso, propiamente dicho, en el que el poder de un credo particular domina todo evento físico, incluso las rupturas a la normalidad.

Según los preceptores del cristianismo, los filósofos e historiadores politeístas gentiles estaban equivocados y atribuían cualidades especiales a objetos que no poseían, por sí mismos, ninguna virtud, puesto que aun confiando en sus dioses, siendo estos falsos, sus amuletos y talismanes carecían de todo valor; otro tanto se aplica a las costumbres del pueblo judío. No así el culto arreglado de la considerada verdadera religión, la cual, a través de sus ministros, amparados por el todopoderoso dios verdadero, podían ungir de virtudes extraordinarias cualquier objeto e imagen. Supuestamente, armados de los misterios de la fe, la intermediación, el ritual y la iluminación de la religión católica, trasmutaban lo común en extraordinario, lo neutral en milagroso, la creencia falsa en realidad probada. Esto constituyó una larga iconografía mística desde el Medievo temprano, en la cual el símbolo del cordero de Dios representó un eje importante:

Efectivamente, el Cordero, símbolo por excelencia de Cristo, a la vez que símbolo de la virtud (su virtud) de la mansedumbre y la humildad, concita bíblica y teológicamente un universo complejo y plural de sentidos, enraizados en el Antiguo Testamento y amplificados con poderosas imágenes en el Nuevo Testamento²².

Cortés no hace una lista de remedios contra el poder del rayo, las centellas, y las tormentas, establece únicamente a la figura ungida del cordero de Dios, representación de Jesucristo, como la panacea frente a cualquier calamidad meteorológica. Se limita a responder una pregunta derivada de su conocimiento de Plinio, no madurada por la consecución de su propio discurso, solo adivinando las inquietudes de sus lectores comunes, las censuras inquisitoriales y la obligación de acrecentar el fervor religioso: ¿cuál es el remedio correcto o el medio de protección del hombre cristiano frente a las agitaciones, los desórdenes y las agresiones de la naturaleza en forma de tormentas, trombas, granizadas, nevadas y rayos? el *Agnus Dei*, exclusivamente, responde.

21. Cortés, *Fisonomía natural y varios secretos de naturaleza*, p. 108.

22. Torres Jiménez, 2013, p. 50.

Las virtudes protectoras del *Agnus Dei* o cordero místico, no son atributos simples de la figura, tal convicción significaría un problema de dulía, de acuerdo a la teología cristiana. No es así, Jerónimo Cortés está seguro de que las propiedades milagrosas provienen de la bendición papal del símbolo, lo que ocurre al inicio de cada pontificado, durante las pascuas, a partir de ahí, se repite cada siete años, mientras el jerarca viva²³. Este ritual de bendición papal, según él, consiste en las siguientes etapas:

- Se moldean las figuras de cera blanca y/o del cirio pascual usado en el año anterior²⁴.
- El sacristán y los capellanes imprimen el cordero, representación de Jesucristo.
- Los sacerdotes llevan la cera a la capilla del Papa.
- El Papa, después de escuchar misa y vestirse ricamente, bendice agua, usa bálsamo y en forma de cruz lo pone en el agua diciendo: «Señor, ten por bien consagrar y bendecir estas aguas con esta unción de Bálsamo, bendición nuestra. En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo»²⁵
- El Papa toma óleo crismático y repite bendición y frase.
- El Papa toma las figuras del *Agnus* con un lienzo blanco y los pone dentro del agua. Es decir, las bautiza.
- Los prelados sacan las figuras con cucharas de plata.
- Las secan sobre paños limpios en un lugar 'decente'.
- El Papa las bendice por tercera vez, rogando a Dios para que todos los devotos que las usen sean salvos de males del mundo visible e invisible, males terrenales y males infraterrenales.

Ya cuando Jerónimo Cortés ha colocado el recurso oficial protector en el centro de la explicación, sí que recurre a la extensión de sus virtudes auxiliadoras, ampliando el esquema virtuoso de la imagen de cera. Basado, como la ortodoxia lo exigía, en el versículo neotestamentario *Ecce Agnus Dei qui tollit peccata mundi*, del episodio del bautizo de Jesús por san Juan Bautista: «He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo», de *Juan*, 1, 25-37, y la doctrina de su tiempo, proporciona al lector una lista de cualidades ya reconocidas por la tradición cristiana y del conocimiento de la mayoría de los fieles católicos, la figura bendita, sostiene, repele enemigos visibles e invisibles, libra de peligros corporales y espirituales, perdona los pecados veniales, ayuda a salir más rápido de los pecados mortales, protege del mal tiempo, granizadas, lluvias de piedras y golpes de rayos, protege de pestes, gota coral y muerte súbita, libra del fuego, fantasmas, espantos y de-

23. En el tiempo de vida de Jerónimo Cortés, el papa era Clemente VIII, quien no realizó muchas bendiciones a las figuras de cera del cordero de Dios, pues solo fungió como jefe de la Iglesia de 1592 a 1608.

24. Es de suponerse que, además del cirio pascual, aunque fuera muy grande, no alcanzaría para cubrir toda la demanda de *Agnus Dei*, así que seguramente se utilizaban muchas arrobas de cera extra, con la condición de que fuera muy blanca.

25. Cortés, *Fisonomía natural y varios secretos de naturaleza*, p. 108.

monios, y ayuda en el trance a las mujeres parturientas²⁶. Además, los resultados son más efectivos si el creyente pronuncia la pequeña oración latina: *Agnus Dei: miserere mei. Qui passus es pro nobis, miserere nobis (sic)*²⁷.

El mundo, en el pensamiento religioso de esta época es una contigüidad entre lo natural y lo espiritual. El universo está poblado de maravillas, dispuestas por la mano de Dios, pero igual de trampas, celadas e ilusiones tendidas por los enemigos infernales. No extraña, pues, que este autor y otros recomienden protecciones oficiales que desde la teoría y la fe cubren todos los ámbitos de coexistencia humana: los físicos y reales, como la caída de un rayo sobre una persona desprotegida, las enfermedades dolorosas, etc.; o los imaginarios y espirituales, como las faltas morales, los pecados y el asalto de depredadores invisibles. La sola presencia de la fe cristiana se considera un salvoconducto de los creyentes ante las amenazas del clima y otras calamidades, *per se*:

Puede servir para confirmar esto lo que Pedro Mártir escribe de los huracanes de la isla Española, que antes que se introdujese ahí la fe arrancaban de cuajo los árboles, asolaban las casas, después fueron cesando; y señaladamente, desde que se frecuentó comulgar a menudo, de allí adelante cesó aquella calamidad²⁸.

Aun así, el drástico giro discursivo del autor plantea varios cuestionamientos para el análisis, dudas difíciles de resolver desde nuestra cultura actual, pues algunas de ellas no tienen una respuesta cierta. Está claro que la transición del empirismo científico de los libros de secretos a las prescripciones católicas de las creencias comunes resulta muy interesante. Sin intención, el valenciano obliga a pensar de qué se trata este asunto. ¿Por qué Cortés está instalando un remedio mágico milagroso como protección divina contra los efectos nocivos de la naturaleza, cuando ha dedicado su esfuerzo y conocimiento a través de todos sus libros a explicar cómo funciona la física natural? En otras palabras, parcialmente desconcierta que si está redactando un libro de filosofía natural, si está explicando causas y efectos físicos, reales, materiales, observables, por qué, casi de improviso, justo en el final, publicita al *Agnus Dei* contra el rayo y contra el abigarrado sincretismo de peligros ya enlistado. Por ende, ¿qué podría justificar tal excursión?, ¿es efecto de la censura editorial e inquisitorial?, ¿intencionalmente puso este apartado para evadir la expurgación y facilitar el proceso? ¿es una convicción doctrinal, personal y comunitaria, acorde a la idiosincrasia de la época?, ¿es satisfacción de la tendencia social a la milagrería?, ¿es un caso de continuidad de la tradición supersticiosa que sustituye las advertencias clásicas por las cristianas?, ¿o, —en tanto todos estos autores eran eruditos que procuraban reconocer el mundo a cabalidad y cumplir con las ordenanzas de la Iglesia y la voluntad de Dios— una paradoja del intento de conciliación secular entre fe y ciencia?

26. La creencia común aconsejaba darle a las mujeres embarazadas tres trocitos, por aquello de la trinidad divina, de la cera del *Agnus Dei*, para lograr su alumbramiento sin problemas mayores.

27. En realidad debería decir: *Agnus Dei: miserere mei. Qui passus est pro nobis, miserere nobis*. «Corde-ro de Dios: ten piedad de mí. Tú que sufriste por nosotros, ten piedad de nosotros».

28. Nieremberg, *Curiosa filosofía y tesoro de maravillas de la naturaleza*, fol. 15r.

Cuando el libro de Jerónimo Cortés se está leyendo y reimprimiendo, se publica la obra de fray Andrés de Soto, *Opúsculos del origen, antigüedad, bendición, significación, virtud y milagros del Agnus Dei, y del agua bendita*, en Bruselas, 1607. El fraile franciscano, quien fungió como confesor de la Infanta de Flandes, doña Isabel Clara Eugenia, es más meticuloso al explicar el uso milagroso del símbolo. Entre otras descripciones detalla el proceso de la ceremonia papal para la bendición del *Agnus Dei*, la equipara con el bautizo de catecúmenos de los primeros cristianos, pondera el valor de la mansedumbre y la humildad, hace un recorrido pseudo histórico para justificar la institución del uso, las ceremonias y las virtudes del *Agnus Dei*, y, en tal recorrido, reconoce, sin intención, la deuda cultural con la tradición clásica. De lo que se colige que está de acuerdo con Cortés en ese aspecto, nada raro entre correligionarios. Su percepción acerca del proceso de superposición ideológica y supremacía cristiana acerca de los recursos para la protección contra los males mundanos e infernales, resulta transparente y contundente:

[...] y si (como es de creer) los apóstoles o sus sucesores trataron de reformar y quitar, no sólo los ritos y ceremonias judaicas derogadas con la sangre de Cristo, sino todas las supersticiones gentílicas y diabólicas, o a lo menos conmutarlas con la gracia de Dios en buenos y santos usos, hemos de creer que habiendo prevalecido tanto el arte e ilusión del demonio acerca de los gentiles, y el usar contra las enfermedades y encantamientos, y mal de ojo unas bujetas o redomitas de ámbar (que por el efecto llamaban amuleto) y ultra de esto ligar al cuello alguna figura de cosa inmunda y torpe y supersticiosa, les persuadiesen aquellos que tenían el espíritu de la verdad; deseosos de echar por tierra esos diabólicos engaños, y preservar a los corderos de Cristo de los hechizos y encantamientos del demonio, a que trajesen consigo la figura del cordero Cristo formada en cera blanca, para que se creyese que no la inmundicia y superstición, sino la pureza era el remedio de esos y mayores males, y que Cristo era la medicina verdadera de todas nuestras enfermedades²⁹.

A propósito de la sustitución de rituales cristianos sobre los judíos y gentiles, como lo indica el franciscano, Helena Carvajal González indica acertadamente las palabras del *Tratado sobre la solemnidad de Pascua*, de Eusebio de Cesárea, en el cual marca la diferencia de periodicidad y cercanía entre las anuales oblacones religiosas realizadas por 'los seguidores de Moisés' frente a las semanales celebraciones del Cordenio místico entre los cristianos³⁰.

Por otro lado, la crónica de fray Andrés sobre la bendición papal es más o menos similar a la que sintetiza Jerónimo Cortés. Luego, en el capítulo V, titulado «Virtudes y efectos del *Agnus Dei*», el padre Soto enlista las virtudes inherentes al amuleto cristiano:

- Perdón de los pecados y gracia divina.
- Aumento de la fe.

29. Soto, *Opúsculos del origen, antigüedad, bendición, significación, virtud y milagros del Agnus Dei*, pp. 41-43.

30. Ver Carvajal González, 2010, p. 2.

- «*Que se temple amanse y cese el furor del granizo y torbellinos, y el ímpetu de las tempestades, y la furia de los vientos, y de los truenos y rayos*»³¹
- Repulsión de los espíritus malignos.
- Protección contra las astucias diabólicas.
- Protección contra males físicos y accidentes.
- Amparo en el parto para la madre y el niño.
- Liberación de todo mal y gozo de todo bien.

En este texto especializado, también resulta claro que el símbolo está dedicado a proteger a los creyentes de las inclemencias del tiempo, especialmente a salvaguardarlo de tormentas y rayos, y más allá, pues, igualmente, a partir de este uso, su poder se extiende hacia otras utilidades de carácter metafísico, como la supuesta propiedad de preservar ante las astucias diabólicas. Con ello, el espectro protector del *Agnus Dei* se amplía hasta casi cubrir cualquier problema de salud y de temor, es decir, cuida al sujeto dentro de su esfera física y espiritual.

CONCLUSIONES BREVES PARA RESPONDER A LAS DUDAS PLANTEADAS

La distancia entre los horizontes culturales plantea una dificultad hermenéutica para comprender a cabalidad la tipología textual expuesta. En muchos casos, los conocimientos presentes en los libros de secretos parecen obviedades para un lector medianamente alfabetizado de nuestro tiempo. Ello no obsta para interpretar imparcialmente su idiosincrasia didáctica, mucho menos es óbice que lleve a la diferenciación discriminatoria o a la equívoca percepción de la acumulación de conocimiento en el sentido de ventaja generacional entre el pasado y el hoy; un prejuicio ya probado y eliminado después de los análisis aplicados a la era del progreso y los presupuestos evolutivos en la cultura humana.

En particular, está claro que hay una ambigüedad discursiva en las explicaciones de Jerónimo Cortés acerca de los fenómenos del clima: por un lado se ciñe al saber científico de la época difundido en los libros de secretos, es un autor, al mismo tiempo fiel y actualizador respecto a una percepción de sabiduría que reproduce y que proviene de fuentes clásicas y preceptos patristicos; por otro, su discurso sobre las virtudes del *Agnus Dei* corresponde al imaginario doctrinal de los milagros. Ahí el propagador de ciencia cambia, atiende a su pertenencia ideológica, se sujeta a un enfoque milagroso, a una verdad revelada y dominada por la supremacía de la fe.

El recorrido a través de sus ideas, pero, especialmente ante la contigüidad discursiva, que parece contradictoria, permite especular que Jerónimo Cortés incluyó un apartado semejante en su disertación empírica, ya fuera por acatar la censura inquisitorial, por dotar a sus lectores de una solución aprobada por la Iglesia contra rayos y tormentas, o por intentar conciliar la fe y la razón según su época.

31. Soto, *Opúsculos del origen, antigüedad, bendición, significación, virtud y milagros del Agnus Dei*, p. 64. La cursiva es mía, para enfatizar el tema central.

También es posible que el pensamiento ecléctico de la época haya conglomerado todo el asunto didáctico y esta percepción moderna no sea más que una síntesis mal pergeñada, afanada en escudriñar misterios, cuando, en realidad, la expresión letrada del siglo XVI y XVII, se caracteriza precisamente por sus aparentes cambios de tratamiento, estilo y temática.

En todo caso, desde los estudios alrededor del imaginario colectivo y la magia goética y teúrgica del Renacimiento al Barroco, es posible concluir que el recurso cristiano del *Agnus Dei* como protección ante los eventos meteorológicos, los males físicos y las acechanzas diabólicas representa una combinación de obediencia de la norma, fe comunitaria e imaginarios mágicos reconocidos como milagros.

La discusión no termina ahí, puesto que, todavía, los interesados en el estudio de la vinculación entre las ficciones, los mitos y la cultura letrada antigua, estamos en camino de dilucidar la verdadera esencia del pensamiento mágico y sus límites con la milagrería y la maravilla divina. En todo caso, para abonar el camino hacia futuras investigaciones, es posible partir del siguiente corolario: la delgada línea que separa las ceremonias y objetos benditos del catolicismo y los amuletos, talismanes y todo tipo de magia material protectora, es el dictamen oficial que media entre la ortodoxia y la heterodoxia, entre el pensamiento mágico antropológico y la religión institucionalizada.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Carvajal González, Helena, «El *Agnus Dei*», *Revista Digital de Iconografía Medieval*, 2.4, 2010, pp. 1-7.
- Castrillo, Hernando, *Historia y magia natural. O ciencia de filosofía oculta*, Madrid, Juan García Infanzón, 1692.
- Cortés, Gerónimo, *Fisonomía y varios secretos de naturaleza*, Barcelona, Pablo Campins, 1662.
- Cortés, Gerónimo, *Secretos de la naturaleza*, Barcelona, Juan Francisco Piferrer, 1840.
- Cortés, Gerónimo, *De Fisonomía natural y varios secretos de naturaleza*, Alcalá de Henares, Casa de Juan Gracia, 1612.
- Cortés, Jerónimo, *Fisonomía natural y varios secretos de naturaleza*, ed. Enrique Suárez Figaredo, *Lemir 20*, 2018, <https://parnaseo.uv.es/lemir/Revista/Revista20/Lemir20.html>
- Chávez, Jerónimo de, *Cronografía o repositorio de los tiempos*, Sevilla, Juan Gutiérrez, 1566.
- Gernert, Folke (ed.), *Adivinos, médicos y profesores de secretos en la España áurea*, Toulouse, Presses universitaires du Midi, 2017.

- Historia natural de Cayo Plinio Segundo. Traducida por el licenciado Gerónimo de Huerta, médico y familiar del Santo Oficio de la Inquisición*, Madrid, Luis Sánchez, 1624.
- Lucrecio, *De la naturaleza de las cosas*, ed. Agustín García Calvo, Madrid, Cátedra, 2020.
- Nieremberg, Eusebio, *Curiosa filosofía y tesoro de maravillas de la naturaleza, examinadas en varias cuestiones naturales*, Madrid, Imprenta del Reino, 1634.
- Ramírez de Carrión, Manuel, *Maravillas de naturaleza, en que se contienen dos mil secretos de cosas naturales*, Montilla, Juan Batista de Morales, 1629.
- Rémy, Nicolás, *Demonolatría*, Copell, Texas, s. e., 2023.
- Rey Bueno, Mar, «Primeras ediciones en castellano de los libros secretos de Alejo Piamontés», *Pecia Complutense*, 2.2, 2005, pp. 26-34.
- Secreti del reverendo donno Alessio Piemontese*, in Venetia, per Sigismondo Borgogna, 1555.
- Soto, fray Andrés de, *Opúsculos del origen, antigüedad, bendición, significación, virtud y milagros del Agnus Dei, y del agua bendita*, Bruselas, Rutgerio Velpio, 1607.
- Torres Jiménez, Raquel, «*Ecce Agnus Dei qui tollit peccata mundi*. Sobre los símbolos de Jesucristo en la Edad Media», *Hispania Sacra*, XLV, Extra I, enero-junio 2013, pp. 49-93.
- Vanini, Giulio Cesare, *Sobre los maravillosos secretos de la naturaleza, reina y diosa de los mortales*, Buenos Aires, El cuenco de plata, 2007.